

H I P O C R A T E S

EN LA ESCUELA DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD  
DE MEXICO

DR. J. J. IZQUIERDO.

---

**T**AN SORPRENDENTE como inexplicable es el que en el siglo IV antes de nuestra era, en un ambiente dominado por las religiones del Oriente, en el cual no era reconocida relación alguna entre causa y efecto y la medicina conserba acentuado carácter mágico-religioso, haya nacido la medicina hipocrática, y con ella, también la nueva medicina de método y criterio ya científicos, que hasta pasados dos milenios no sería comprendida y confirmada cada vez más, a medida que se realizaran nuevos progresos, como el camino firme para alcanzar elevación y progreso.

El método nuevo que empleó el gran Hipócrates de Cos (circa 460-377 a. J. C.), antes nunca usado por los griegos de épocas anteriores, y después de él desconocido para los médicos de los dos milenios subsecuente, fué el que muy posteriormente sería llamado de la *inducción científica*: empezar por observar paciente y cuidadosamente los hechos; ser escéptico en lo tocante a todo lo que no puede ser comprobado con apoyo en ellos; no teorizar más allá de lo autorizado por la experiencia, pero sin por ello perder el ansia de generalizar; juzgar siempre con la medida de la razón, y nunca por impulsos del capricho o del prejuicio.

La doctrina hipocrática, por tal camino alcanzada, tuvo necesariamente que resentirse de la limitación de conocimientos acerca de las estructuras corporales del hombre, que casi no pasaban de los de la anatomía de superficie, así como del carácter rudimentario de los de fisiología, en

---

\* Leído en la sesión del 26 de junio de 1957.

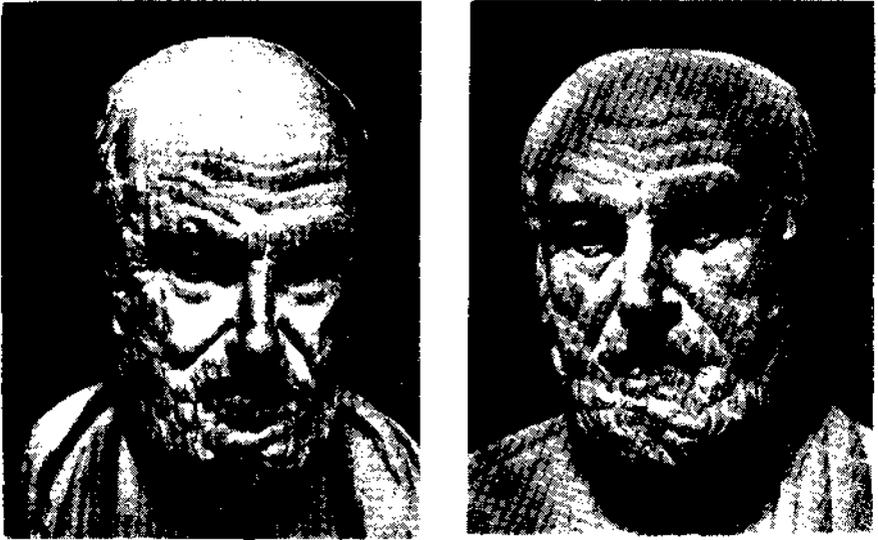


Fig. 1. Dos antiguos bustos en mármol, considerados como de Hipócrates. *A.*, en el Museo Británico, de Londres. *B.*, en el Museo del Capitolio, de Roma.

su sentido más genuino de ciencia de la dinámica de las funciones, que apenas empezaban a ser formulados con la mira de explicar en qué consiste el estado de equilibrio que constituye la salud, y los de su perturbación, que constituyen la enfermedad. Pero a pesar de las limitaciones, Hipócrates llegó a grandes resultados: demostró que la enfermedad no depende, como siempre se había supuesto, de causas sobrenaturales; con sus estudios cuidadosos de los enfermos y la redacción de sus historias clínicas, fundó la medicina clínica; con su rechazo de las medicaciones potentes, promovió el campo de la farmacología; con hacer lo propio con la polifarmacia y con las medidas drásticas en general, recurrió por primera vez, para el tratamiento de los enfermos, a procedimientos más suaves y efectivos que la medicina de nuestros días usa corrientemente, tales como la dieta adecuada, la buena ventilación y la fisioterapia, y con haber dado fiel cuenta, tanto de las fallas como de los éxitos logrados con sus tratamientos, dejó un ejemplo alusivo que seguir a los médicos de siglos subsiguientes, a los cuales legó además valiosas bases para la ética médica.

Tan grandes conquistas, sin embargo, según lo dicho al principio quedaron ignoradas por la profesión médica de los dos milenios siguientes, porque durante ellos, los médicos siguieron extraviados por los falsos caminos de las especulaciones y de las supersticiones.

Hasta el siglo XVI fué cuando las obras hipocráticas al empezar a ser descubiertas, traducidas y comentadas por ilustres médicos humanistas, provocaron admiración tan grande que Hipócrates empezó a ser calificado de *Padre de la Medicina*. Se le reconoció que había sido él quien por primera vez había hecho exámenes sistemáticos y completos de los enfermos, y tomado nota de los caracteres de sus caras, de sus pulsos, de sus temperaturas, de sus respiraciones, de sus excreciones, de los caracteres y localización de sus dolores, de sus actitudes, y de los movimientos que ejecutaban. Se apreció su admirable capacidad como observador: el rígido espíritu crítico de que dió pruebas en sus compendiosas y admirables historias clínicas: la pasmosa capacidad que en ellas exhibió como descubridor de lo que es general, es decir, de las leyes a que están sujetos los casos particulares, que dejó trazados en notables cuadros clínicos que por siglos sirvieron de excelentes modelos para que los médicos aprendiesen a guiarse



FIG. 2. La estatua descerrada en 1929 en las cercanías del *Asclepión* hipocrático de Cos, que por haber sido ejecutada en el siglo IV antes de nuestra Era, es considerada como la de parecido más aproximado con Hipócrates. C, parte superior de la estatua, que en D aparece según la pintura que de ella hizo el artista griego Stephanos Almaliotis. Tomados de I, citado en el texto.

por la observación y el razonamiento, y no por el prejuicio, el capricho, o la pura conveniencia. Le fué admirado su concepto de las enfermedades —por él divididas en endémicas y epidémicas— como reacciones naturales de origen, evolución y terminación ajustadas a una historia natural de tal manera definida, que si por la observación cuidadosa de los signos de su principio, cuando después se acertara a reconocerlas, resultara posible, no solo anunciar anticipadamente (*pronosticar*) su terminación, sino poner a los enfermos por los caminos más favorables para que logran la curación, gracias al triunfo de la *Vix Medicatrix Naturae*, que en muchos casos puede no sólo no ser favorecida por el médico, sino ser contrariada por él, con el empleo de medicamentos o tratamientos inoportunos. Hasta sus libros de cirugía fueron admirados como excelentes por lo ingenioso de sus técnicas, por más que tuvieron que pasar siglos para que estas llegaran a ser comprendidas por los cirujanos, que en un principio no pudieron ejecutar los preceptos que en ellos se les daban ni comprendieron muchas de las operaciones descritas.

Sin la menor exageración puede decirse que en los libros hipocráticos exhumados en el siglo xvi, se encontraron reunidos los conocimientos médicos más avanzados de los que por entonces podía disponerse y es por ello por lo que tenemos dicho,<sup>1</sup> que cuando nuestra primitiva Escuela de Medicina de la Real y Pontificia Universidad de México fué fundada en 1580, con adoptarlos como obras de texto hizo lo mejor que por entonces podía haberse hecho.

Desgraciadamente, en las dos centurias que siguieron, la rutina en la Universidad Mexicana —al igual que la de la mayor parte de las Universidades— se concretó a hacer que catedráticos y estudiantes se limitaran a recitar de memoria los textos hipocráticos, sin comprender el espíritu observacional y filosófico que los había inspirado, ni mucho menos tomarlos como modelos admirables que imitar.

Sin embargo, a principios del siglo xix cuando nuestro brillantísimo médico criollo, don Luis José Montaña (1755-1820)<sup>2</sup> sirvió en nuestra Antigua Escuela de Medicina la cátedra de Vísperas, que tenía como base los *Aforismos* hipocráticos, tras de declarar<sup>3</sup> que “Hipócrates de Cos, lla-

<sup>1</sup> Izquierdo, J. J. 1934. *Balance Cuatricentenario de la Fisiología en México*. México. Ediciones Ciencia, vi + 338 pp. ilustr. 24 cms. pág. 21.

<sup>2</sup> Véase Izquierdo, J. J. 1955. *Montaña y los orígenes del movimiento social y científico de México*. Con un prefacio de Henry E. Sigerist. Ediciones Ciencia. México, D. F. xvi + 444 págs.

<sup>3</sup> Véase Izquierdo, J. J. 1955. *El Hipocratismo en México*. Con una reproducción facsimilar de las Lecciones del Doctor Montaña, seguida de su versión castellana. Imprenta Universitaria, México, 268 págs.

mado el Grande, debía ser tenido por Padre de la Medicina y maestro de todos, por haber sabido recibir de la Naturaleza el dictado de reglas generales y estrictas", en vez de plegarse a la rutina, se entregó a interpretarlo "por un método nuevo encaaminado a demostrar a sus discípulos los principales elementos del arte de curar en general, *empezando por los arcanos de la fisiología*", "siguiendo por el camino de la semeiótica, abierto por dicho padre Hipócrates; por el de las leyes de la medicina práctica; por el de los inventos de nuestros días", etc., palabras estas últimas con las cuales reveló lo bien que había comprendido la importancia de las nuevas ciencias para la medicina. De manera que también es muy de admirarse, Montaña comprendió desde 1802, que además de la observación y de la experiencia en el sentido antiguo, la medicina debía recurrir al experimento, y con ello acabó de revelar su cabal visión de los nuevos caminos por los cuales ya venía encauzándose la medicina científica derivada de la fuente original hipocrática. Por ello lo tenemos declarado el hipocratista de mayor eminencia de las Españas.

La medicina científica, en efecto, contando ya con mejores datos anatómicos empezados a acumular desde la iniciación de la gran revolución iniciada en 1543 por Vesalio (1514-1564) ya había sido impulsada grandemente por iniciadores tan importantes del método experimental en el campo de la fisiología, como Guillermo Harvey (1578-1657), con su inmortal estudio de los movimientos del corazón y de los vasos. Con base en la segunda gran revolución química, derivada de los memorables trabajos de Lavoisier (1743-1794) de cuya importancia se dió cabal cuenta Montaña, pronto iba a llegar la medicina científica a una nueva cumbre, alcanzada gracias a las múltiples conquistas experimentales de Claude Bernard (1813-1878) y a la publicación, en 1865, de su obra *Introducción al Estudio de la Medicina Experimental*.<sup>4</sup> Al alcanzar esa cumbre, tendría en México, como temprano y entusiasta sostenedor, al ilustre profesor de Fisiología, don Ignacio Alvarado (1829-1904).

Desde 1931,<sup>5</sup> viene creciendo felizmente entre nosotros el número de los que nos empeñamos en fomentar y servir la causa de que la enseñanza de la medicina repose sobre bases cada vez más científicas, consistentes en hacer que los estudiantes se ejerciten y adquieran en el laboratorio el criterio y las técnicas del método científico de investigación; en hacerlos

<sup>4</sup> Véase Izquierdo, J. J. *Bernard, Creador de la Medicina Científica*. Estudio crítico de su labor científica, seguido de una versión castellana de su "Introducción al estudio de la Medicina Experimental". México, Imprenta Universitaria, xxvi + 329 pp. ilustr. 24 cms.

<sup>5</sup> Véase 1, páginas 301 y siguientes.

estudiar a sus enfermos de modo directo y lo más completo posible; en que para que mejor se compenentren de la filosofía científica, invitarlos a estudiar con juicios crítico, la obra de los grandes ejecutantes y promotores de la medicina científica, y en darles a conocer las etapas por las cuales ha pasado la medicina científica en México.

Como desde el traslado reciente de nuestra Escuela a sus nuevos edificios de la Ciudad Universitaria, se ha acrecentado el número de los que con entusiasmo y celo nuevos se muestran deseosos de contribuir a que la

obra sea llevada adelante, resulta deseable que en calidad de símbolo que de modo constante recuerde a catedráticos y alumnos, que todos ellos deben concurrir con sus esfuerzos para que quede realizada la magna tarea, quede erigida en el lugar más adecuado de la Escuela y en la forma más noble y bella posible, una estatua del gran Hipócrates.

Como es de desearse que en ella el padre de la medicina quede representado en forma que refleje el tiempo y el ambiente en que vivió y con el mayor parecido posible, conviene advertir que para esta finalidad resultarían igualmente inadecuados como modelos, la miniatura que guarda el palacio de los Sultanes de Top-Kapú, en Constantinopla, obra realizada por un artista turco, en tiempos muy posteriores (entre 1613 y 1616); el dibujo en pergamino, de la Biblioteca del Louvre, que representa a Hipócrates como si fuera un metropolitano de la Iglesia Ortodoxa,<sup>6</sup> o los discutidos bustos que guardan los Muscos Británico, del Capitolio o del Louvre (fig. 1). Sin género de duda, hay que dar la preferencia a una pequeña estatua desenterrada en 1929 en las cercanías del

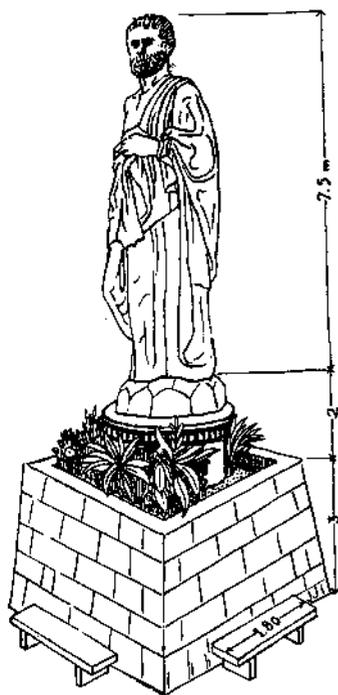


FIG. 3. Proyecto para la gran estatua de Hipócrates en el jardincillo formado en el espacio que limitan los dos edificios principales y el de Auditorios de la Facultad de Medicina en la Ciudad Universitaria de México.

<sup>6</sup> Reproducida en colores por el doctor Laignell-Lavastine, en su *Histoire Générale de la Médecine*. Paris, Albin Michel, Editeur, tome I, págs. 240-241.

*Asclepión* hipocrático de la isla de Cos (fig. 2), cuya antigüedad desde luego fué reconocida por los arqueólogos como correspondiente al siglo IV antes de nuestra era, y que primeramente por el distinguido médico de Atenas, Dr. Skévos Zervos, y luego en el Tercer Congreso Internacional de Estudio Bizantinos que se reunió en Atenas en octubre de 1939,

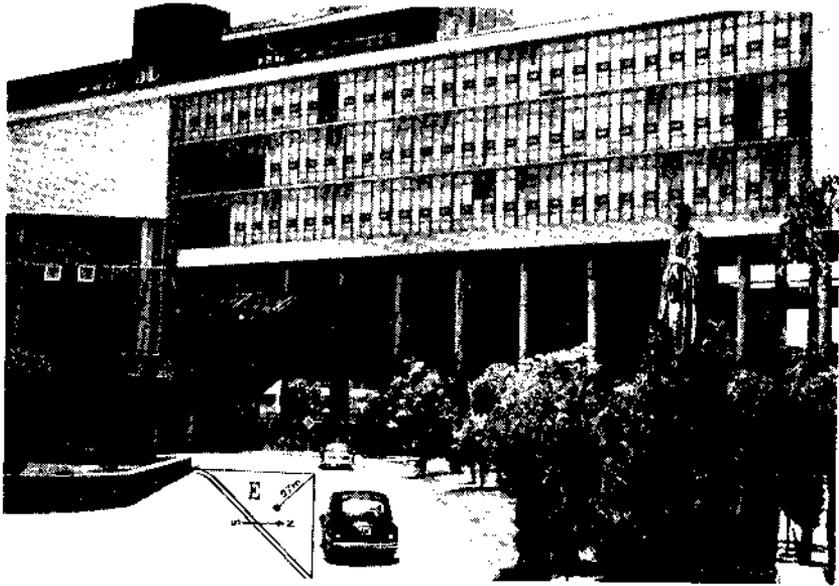


FIG. 4. Forma en que se sugiere quede el monumento a Hipócrates en el jardincillo entre los dos edificios principales y el de Auditorios de la Facultad de Medicina, en la Ciudad Universitaria de México, con la indicación en E, de su colocación sobre la diagonal del ángulo que forman las bardas de piedra que por el norte y el poniente limitan dicho jardín.

quedó reconocida como de Hipócrates.<sup>7</sup> Se sugiere que la gran estatua quede colocada en la porción central del jardincillo que limitan los dos edificios principales y el de Auditorios de la nueva Escuela, de acuerdo con las indicaciones de las adjuntas figuras 3 y 4.

Gracias a la gestión del señor doctor Raoul Fournier, Director actual de la Escuela de Medicina, que ha acogido con interés este proyecto y prometido hacer cuanto sea necesario para que quede realizado, es de esperarse que ya muy pronto nuestra casa de estudios podrá ufana, se de

<sup>7</sup> Véase Skévos Zervos, 1940, *Le portrait d'Hippocrate a la Faculté de Médecine de Paris*. Orné de vingt deux images. Communication faite à la Société Médicale d'Athènes, etc. Procès-Verbaux de la Société Médicale, 1940, Pages 196-226. Athènes, Imprimerie "Pyrsos", S. A.

ostentar como valioso ornamento, al par que como símbolo de sus ansias de elevación y progreso, una gran estatua del originador de la medicina científica, a quien después de haberlo tenido como modelo desde sus principios, en 1580, y de haber sabido admirarlo en toda su grandeza, a principios del siglo XIX, a través de su ilustre hijo Montaña, en el presente lo sigue teniendo como símbolo y faro de los nuevos caminos por seguir.